

América Latina: Biografía Inacabada

por **Dña. Mercedes Pulido de Briceño**

*Conferencia pronunciada
el 25 de octubre de 1994*

Forum Deusto

América Latina: Biografía Inacabada

por Dña. Mercedes Pulido de Briceño*

Agradezco muy especialmente al Presidente del Forum Deusto, y con él a todos los participantes su invitación a este intercambio en el acogedor pueblo vasco, por la oportunidad que significa dialogar y buscar caminos comunes que enriquezcan nuestros vínculos de cultura compartida.

Los aires de incertidumbre parecieran soplar por doquier. La Humanidad vive un período de profundos cambios y mutaciones. Como sucede siempre con los seres humanos, nada es simple y nada está inmovilizado para siempre.

Con el fin de la guerra fría han aflorado una serie de conflictos y tensiones de origen étnico, cultural, religioso y político que han interrumpido la posibilidad de paz y armonía. A pesar de ello, la búsqueda de los principios y valores democráticos se expande de manera universal, cuarenta y cinco países han celebrado elecciones libres por primera vez en su historia en los últimos cinco años. Se tiende a universalizar la

* Doña Mercedes Pulido de Briceño es actualmente Ministra de la Familia de Venezuela. En 1959 se licenció en Psicología por la Universidad Iberoamericana de México (UNAM), especializándose en París, Chicago y México. Es Doctora Honoris Causa en Ciencias Jurídicas por la Universidad norteamericana John Dewey. Dentro de su actividad docente cabe destacar: Profesora de Psicología de la UCAB (1968-79), Cátedra de Psicología Social en la Universidad Central de Venezuela (1976-79), Maestría de Seguridad y Defensa en el Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional (1976-84). Además ha impartido múltiples conferencias y seminarios en diversas Universidades extranjeras. Dentro de su actividad profesional cabe mencionar: Coordinadora Nacional de Desarrollo de la Comunidad, Caracas (1969-74), Ministra de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo (1979-84), Subsecretaria General Adjunta de las Naciones Unidas (1985-88), y desde 1988 Senadora por el Distrito federal en el Congreso de la República. Entre sus numerosas publicaciones destacan: *Experiencia de Política Social en la Democracia Venezolana*, *Trends in women, Participation, y La pobreza en Venezuela*.

valorización de los derechos individuales y la primacía del individuo frente al Estado. En lo económico se han impulsado y fortalecido las estrategias de mercado y la apertura de las economías ha sido un elemento preponderante en Europa Oriental, América Latina y el Caribe.

A pesar de que estas tendencias han facilitado amplios consensos en torno a proyectos nacionales, sin embargo por doquier también se debilitan los principios de representatividad, se enturbian los canales de conducción de la actividad pública, el ámbito colectivo se desfigura ante los intereses particulares y las élites políticas están sujetas a un cuestionamiento continuo.

A pesar de los innegables avances tecnológicos, aún vivimos un mundo en donde la quinta parte de las poblaciones en desarrollo tienen hambre, una cuarta parte carece de acceso a las necesidades básicas y una tercera parte vive en situación de honda pobreza.

Los países, tanto ricos como pobres, están sometidos a crecientes incertidumbres, el debilitamiento de la trama social y la desintegración de las redes familiares, el aumento indiscriminado de la delincuencia que afecta especialmente a los grupos más jóvenes, la difusión de drogas y estupefacientes, las corrientes migratorias masivas y, no puede dejarse de mencionar, el creciente aislamiento individual con sus secuelas de desarraigo.

En gran parte el sentimiento de incertidumbre y falta de rumbo se origina en las preocupaciones de la vida cotidiana. El empleo, el ingreso, la salud, el medio ambiente, la protección frente al delito y la delincuencia son preocupaciones que invaden nuestras energías y que, hoy en día, ponen en tela de juicio las conquistas de la libertad.

Pareciera, entonces, que estas contradicciones crecientes entre los logros facilitados por el progreso técnico y material y las carencias de acceso a los mismos, por parte de grandes grupos humanos, nos lleva a percibir la emergencia de un nuevo paradigma de desarrollo centrado en el ser humano. Esto es, en donde visualicemos el crecimiento económico como un medio para el bienestar social, se faciliten y protejan las oportunidades durante todo el ciclo vital tanto de las generaciones actuales como futuras, y se respeten y protejan los sistemas naturales de los cuales dependemos todos.

Esto significa estar conscientes de orientar todos los esfuerzos a ampliar plenamente la capacidad humana en todas las esferas: económica, social, cultural y política, para abocarse a la autonomía de las personas en la conducción de los acontecimientos que conforman sus vidas.

América Latina en la nueva encrucijada

Desde hace algunos años la región latinoamericana y caribeña realiza esfuerzos para adecuarse a la cambiante realidad. En lapsos muy cortos y mediante procesos socialmente costosos, se ha buscado la reorientación de las estrategias de desarrollo, abocándose a una creciente disciplina fiscal y al control del flagelo inflacionario. Paralelamente, se ha retomado la apertura hacia sistemas políticos pluralistas y participativos y se ha facilitado la emergencia de una cultura democrática.

En la mayoría de nuestros países estos cambios van acompañados de mayores exigencias de los grupos de electores hacia una transparencia en el manejo de la cuestión pública. Es así que surgen progresivamente nuevos actores sociales que fortalecen sus demandas de participación mediante movimientos ciudadanos y de creciente diversificación de la sociedad civil.

Con importantes diferencias entre nuestros países, la gestión macroeconómica ha significado cierta disminución de la inflación y mejor capacidad de administración fiscal, lo cual apunta hacia una modesta recuperación del crecimiento económico. Pero es importante destacar que, a pesar del consenso existente en torno al necesario esfuerzo de ordenamiento macroeconómico, el debate continua en torno al ritmo, secuencia y contenido del proceso.

La transformación del sector productivo se manifiesta en el cambio de las estructuras de exportación. Sin embargo, también aquí existen efectos no deseados como son la acentuación dual de las estructuras productivas, el crecimiento de una economía informal que favorece el subempleo y debilita la productividad.

En algunos de nuestros países la incipiente modernización de las instituciones financieras comienza a atraer la inversión extranjera y la repatriación de capitales; sin embargo, la ausencia de sistemas judiciales autónomos atenta contra la inmediata estabilidad de las inversiones.

A pesar de estos avances manifiestos en los sectores políticos y económicos, la mayoría de los procesos de ajuste han tenido francos efectos regresivos. La pobreza, si bien presente en la región desde hace tiempo, se agudizó y alcanzó a los grupos medios de nuestras sociedades. Por ende, la distribución del ingreso se hizo más injusta y las desigualdades sociales se profundizaron, minimizando los procesos de movilidad social que caracterizaron las décadas anteriores.

En términos más simples, la desigualdad de los ingresos se convierte en una fuente más de fragmentación social, incluso en aquellas so-

ciudades culturalmente homogéneas, profundizando los desfases entre expectativas y realidades, generando continuas fuentes de tensión, explosión social y política.

Las limitadas inversiones económicas tuvieron seria influencia en la calidad y acceso a los servicios públicos con efectos bien negativos en la calidad de vida de los sectores populares y medios, especialmente urbanos. El impacto ha sido fuertemente generado en las áreas de educación, salud y vivienda. El énfasis en la reducción del gasto y la ausencia de estrategias para elevar los ingresos, ha tenido un costo social muy elevado y tal vez innecesario en el deterioro de los salarios y el aumento del desempleo por los despidos masivos.

Los efectos sociales de estos procesos de ajuste y reajuste se pueden observar en la creciente deserción escolar, los niveles de desempleo de los jefes de familia, el crecimiento de las migraciones internacionales y la escalada de la delincuencia en los sectores urbanos, que nos hablan de una desorganización social y ausencia de normativa compartida en la actividad colectiva.

En el campo de la transición demográfica tenemos que reconocer la importancia de la población joven en nuestro continente. Mientras en Europa el 19,6 % de su población tiene menos de catorce años, en América Latina y el Caribe esta proporción alcanza el 35,8 % (ONU 1991). Esto nos demuestra la importancia de la población infantil y la importancia de las familias jóvenes que presenten una gran diversidad en sus estructuras, necesidades y funciones.

En realidad, el desafío que plantea la modernización de las economías de la región, en lo que respecta a la formación de los recursos humanos, exige una mayor intervención de la capacidad socializadora de la institución familiar. La baja calidad de la educación y la escasa capacidad del sistema educativo para compensar las carencias de las estructuras sociales, genera en las familias una presión mayor en la orientación e inserción social de las futuras generaciones. Esta situación es similar a la que se produce en algunos países en donde el envejecimiento de la población comienza a ser significativo y se carece de mecanismos de previsión social adecuados.

El enfrentamiento a la pobreza

Una de las características del fenómeno de la pobreza, que para 1990 alcanzaba el 44 % de la población, es que ella se produce en me-

dio de imágenes de opulencia y consumo, lo que crea un fuerte contraste entre pobreza y expectativas, además que agudiza el sentimiento de impotencia y exclusión social. Podríamos profundizar muchos de los contrastes de carencias en las situaciones de pobreza; sin embargo, lo interesante es comprender su dinámica para así enfrentarla en sus raíces y no simplemente modificar los síntomas.

Hemos mencionado lo importante de las redes de socialización familiar para compensar las carencias de normativa institucional en la región. Por ello, describiremos su relación con las estructuras y funciones de la familia.

Mucho se ha mencionado el problema de la paternidad irresponsable en la familia latinoamericana. Pues bien, es fácil observar cómo los jóvenes pobres tienen un rechazo creciente a asumir responsabilidades de largo plazo, ya que anticipan que el aceptar compromisos reduce sus posibilidades y aspiraciones y, por ende, los condena a la pobreza. Así mismo, la deserción escolar y el poco atractivo de los valores educativos hace que los varones jóvenes se incorporen al empleo en situaciones bien precarias de calificación, haciendo imposible que puedan asumir el papel tradicional de proveedores del hogar. Estos dos elementos debilitan las respuestas de esfuerzo compartido a largo plazo, que antes caracterizaban el concubinato.

Si volvemos nuestros ojos a la estructura familiar, hay factores que influyen en las relaciones internas de nuestras familias. Los pobres tienen escaso control sobre las fuerzas sociales, el desempleo del padre o jefe de familia y su migración hacia centros de trabajo implica mayores responsabilidades económicas a mujeres y madres, así como a los niños.

Las uniones consensuales son parte de la vida de los pobres, ellas se caracterizan por ser inestables y con difícil visión de futuro. Los modelos de relación patriarcal y machista están en franca contradicción con la tendencia, cada vez más profunda, de mayor igualdad en los ámbitos sociales, económicos y políticos.

La carencia de medios, la concentración de problemas y energía de la sobrevivencia diaria, el hacinamiento, influyen no sólo en la nutrición y salud, sino que afecta la madurez emocional y la capacidad de la familia para complementar la orientación y adaptación social.

Las redes de ayuda mutua son de capital importancia para los pobres, la mayoría de ellas significan vínculos de parentesco, compadrazgo, vecindad y conforman el apoyo para la subsistencia dia-

ria. El desplazamiento hacia los centros urbanos ha significado un debilitamiento de este tejido y, por ende, las brechas de exclusión se amplían.

América Latina está poblada por una gran variedad de grupos étnicos, unos de ellos descendientes de los indígenas, otros de grupos trasplantados dentro del proceso de esclavitud y de grandes corrientes migratorias tanto de Europa como del Lejano Oriente.

Algunos patrones valorativos se debilitaron y otros se consolidaron en el largo caminar de discriminaciones, prejuicios, explotación económica y exclusión social o política. En realidad para entender la naturaleza de los conflictos familiares, y las diversas formas de uniones, es necesario abordar el problema de la identidad de las situaciones de marginalidad, así como las normas y la visión del mundo que sustentan la vida en comunidad.

Hemos seleccionado la dinámica familiar para ilustrar la realidad de la pobreza, porque ello nos permite evidenciar que los mismos indicadores sociales corresponden a causas distintas y, por ende, tienen efectos diferentes. En una región en donde más de la mitad de nuestros niños viven en condiciones de sobrevivencia, en la que las familias se encuentran en plena etapa de expansión y, por lo tanto, con menos capacidad de ahorro para la inversión. Cuando los servicios públicos se reducen y aumenta la discrepancia entre las exigencias de patrones de familia tradicional y un medio que demanda respuestas compensatorias de la familia para acceder a las oportunidades, la debilidad de las estructuras familiares tiene efectos mucho más graves, tanto para sus miembros como para la posibilidad de vida ciudadana en la sociedad, en comparación con los países desarrollados.

Al acercarse un nuevo milenio podemos decir que, en un mundo de incertidumbre y cambios, persisten aquellas realidades que han justificado grandes movimientos sociales y políticos como son la marginalidad, la exclusión, la pobreza, las desigualdades. Sin embargo, las transformaciones de los últimos tiempos nos hacen buscar nuevas respuestas en un nuevo paradigma de desarrollo.

Los procesos inacabados

La unidad de la lengua y del mestizaje, nuestra religión, sentidos tribales, mitos vienen de la cultura del pasado y nos llevan a la posibilidad de crear centros que permitan coincidir en una nación común, la

integración global de la economía con la cultura. Esto luce como importante recurso para enfrentar separatismo o regionalismos.

Los procesos de identidad se construyen día a día a partir de influencias y contactos, del contagio con otras culturas y, podemos decir que, América Latina como crisol de culturas está en la búsqueda de sí misma, abriéndose a la interdependencia y la globalidad, reconociendo un mundo pleno de referencias y tradiciones que permiten despertar y dar respuestas políticas, culturales y sociales a los conflictos que, naturalmente, tienen que existir.

El desafío de la democratización es bien complejo. Si la revolución y los cambios traumáticos son opciones de alto riesgo e inciertos, tenemos que recurrir al diálogo, a la apertura de los consensos y la consolidación de sistemas de intercambio confiable. Hasta ahora los latinoamericanos hemos estado en la búsqueda de referencias utópicas o en el manejo de la disuasión como evitación de los conflictos, porque existía el convencimiento que los costos del conflicto excedían los beneficios posibles.

Tenemos que construir nuevas formas de relación basadas en la complementariedad, la reciprocidad, la comunicación, para entender el necesario compartir de conocimientos, de las necesidades y limitaciones políticas de los diversos y nuevos actores sociales.

Ello supone privilegiar el equilibrio, la relatividad y el entendimiento de lo complejo de las instituciones humanas y de la necesidad de visiones compartidas que incluyan lo universal de nuestros compromisos cuando ellos se fundamentan en el ser humano.

El camino de la democracia formal hacia la democracia sustantiva nos obliga a descubrir y construir la integración social de los hasta hoy excluidos en presencia y oportunidades, mitigar y enfrentar la pobreza y aumentar y desarrollar el empleo productivo, lo cual no es otra cosa que ir hacia la complementariedad de la transformación productiva con equidad.

El paradigma de hoy y del mañana tiene que salir de nosotros mismos, al tomar en cuenta nuestro pasado aceptaremos que hoy somos todo lo que hemos sido. Indudablemente que nuestro porvenir está unido parcialmente a la economía mundial pero, además, depende también de la propia capacidad de transformar nuestras aspiraciones y demandas sociales en acción política, nuestras protestas morales en reforma y nuestra conciencia nacional en voluntad de modernización. El surgimiento de nuevos actores es signo de los nuevos tiempos, ya que

los desafíos, más que los recursos materiales, implican la revolución de la capacidad de acción.

Nuestro horizonte es la posibilidad de hacer... porque todo está por hacerse...